

Cabalgué lo más rápido posible hacia el pueblo.
Cuando llegué ya era demasiado tarde. La macabra
escena que tenía ante mis ojos me dejó petrificado.
Delante de mí se encontraba mi mujer, con estacas en el
pecho, clavadas a su vez al suelo. A su lado había una
pequeña hoguera.

No sabía muy bien que hacer. Mi querida amada estaba
ahí, delante de mí, muerta. Muchos pensamientos me
pasaron por la cabeza. No sabía que sentir en ese
momento. Estaba enfadado, triste y confuso. La culpa
llegó tocándome el corazón. Así es. Fue mi culpa.
Comencé a llorar. No podía pensar con claridad. Lo que
hice fue acercarme a mi mujer y quitarla de esas
estacas. Y la abracé. Abracé aquel cuerpo inerte como
si mi vida dependiera de ello.

En aquel punto lo único que quería era morir. Irme con
mi mujer al más allá y no volver nunca a ese infierno de
vida. Pero no podía. Tenía miedo. Por lo que me
levanté, aún con lágrimas en los ojos y me dirigí a la
choza donde teníamos las herramientas. Cogí una pala
y me dispuse a cavar al lado de un gran árbol. Cuando
el hueco era lo suficiente grande, metí a mi difunta
esposa en él. Me dolía lo que estaba haciendo. Mucho.
Pero no tenía otra opción.
Cuando acabé me quedé un rato en silencio. Solo se
escuchaba el susurro de las hojas al ser movidas por el
viento.

Caminé con una marcha fúnebre hacia nuestra casa.
Cogí cosas importantes, como las joyas de mi mujer,
comida, agua, plumas, tinta, papel y dinero que
teníamos escondido en el armario. Nunca te puedes fiar
de quien entra a tu casa. También cogí otra muda de
ropa y un cuchillo para protegerme si fuera necesario. Y
el laúd que me había regalado mi mujer.

Agarré mi macuto y me dirigí a la puerta para irme.
Aquella casa me traía demasiados recuerdos, ni de
broma me iba a quedar.
Me subí a mi caballo y me fui. No sabía a donde, solo
quería alejarme lo más posible de aquel repugnante
pueblo.

.....

Mientras cabalgaba despacio entre los solitarios caminos iba recapitulando en mi mente lo que había pasado.

Los habitantes me aseguraron de que había un problema en el pueblo vecino y me hicieron ir yo primero, por lo que ellos aprovecharon para hacerle esa calamidad a mi mujer.

La verdadera pregunta era ¿por qué? No lo entendía. La única explicación que le daba era que, hacía unos meses, se había acusado a Dakota (mi mujer) de bruja, solo por haber curado a algunos niños del pueblo. Era absurdo. Ella no se merecía eso. Estaba realmente cabreado, pero poco podía hacer. Eran todos contra mí. Sería muy suicida ir a buscar venganza.

Llegue a Línzava, un pueblo que estaba a muchos kilómetros de mi antiguo hogar. Ya era noche cerrada, por lo que me había pasado todo el día cabalgando. Dejé mi caballo en una cuadra que parecía abandonada. No parecía estar en mal estado, así que me arriesgue a dejarlo ahí.

Camine por las frías calles hasta llegar a una taberna. Lo único que quería era desahogarme. Y lo único que se me ocurría era beber. No soy de beber mucho, pero ese día me habían tocado el corazón y no había otra forma de calmarlo. Ya llevaba 8 cervezas y estaba bastante borracho, lo que empezó a alejar a la clientela. Iba a por la novena. Dejé la moneda de cobre encima de la barra.

- Oye señor, tiene que irse ya. Me está empezando a dar mal rollo y me está haciendo perder clientes. Váyase ya- me dijo el tabernero devolviéndome la moneda.

Me levanté a tumbos, cogí la moneda y el laúd y me fui. Iba por las calles chocándome con las paredes. Estaba mareado y no sabía a donde iba. Me metí por un callejón. Iba sin rumbo hasta que sentí que me agarraban la caja del laúd. Me estaban intentando robar. Hice un movimiento brusco y el atacante cayó al suelo. - ¡Que te crees que haces, maldito! - grité. Pero cuando volví a mirar vi que lo que me estaba intentando robar era una chica de no más 18 años. Parecía que llevaba tiempo sin comer. No pude captar más detalles de la atacante, ya que aún estaba bajo los efectos del alcohol.

La chica miró a todos lados y a mí. Estaba asustada. Cogí unas monedas del bolsillo de mi capa y se las lancé.

- Para ti, y deja de ir por ahí robando, maldita bastarda
-le dije, aún enfadado.

La chica se quedó mirándome sorprendida. Me di la vuelta y me fui, dejándola ahí en el suelo.

Llegué a donde había dejado a mi caballo y me acosté junto él. La cabeza todavía me daba vueltas, pero no por lo que había pasado, si no por el alcohol. El lugar no era para nada acogedor, pero la paja que quedaba en el suelo hacía que pareciera algo cómodo. Ya había pasado 1 día y algo más del suceso a mi pobre Dakota. Me quedé pensando, pero el cansancio me pudo y me dormí.

.....

Al día siguiente me desperté con una resaca horrible. La cabeza me daba vueltas y me sentía super cansado. Pero no podía quedarme ahí todo el día. Tenía que buscar una vivienda y un trabajo.

Estuve caminando un buen rato, el pueblo era bastante grande. Encontré un establo, donde pude ver que vendían caballos. No podía hacerme cargo de mi caballo, por lo que decidí venderlo. Me dirigí hacia allí con paso seguro. Me atendió un hombrecillo bajo.

-Hola – dije.

- Hola caballero, ¿qué desea?

-Quería vender mi caballo. La verdad es que no lo necesito. Creo que aquí estará mejor.

El hombrecillo me miró. Luego observó al caballo con más detenimiento.

- Tiene usted un caballo magnífico, estaré encantado de que se quede aquí. ¿Cuánto pides por él?

Me quede pensando.

-4 monedas de oro – le dije muy seguro.

-Mmm... muchacho siéndote sincero, yo creo que este caballo vale mucho más, ¿de verdad solo quieres eso?

- Sí, solo quiero eso.

- Es usted muy buena persona. ¡Qué contento se pondrá mi hijo!

Me dio las 2 monedas y me despedí de él. Al parecer el caballo iba a ser para su hijo. Era un buen hombre.

Mi próxima misión era buscar un techo para pasar las noches. No creía que fuera a ser tan complicado...

.....

Me pase el resto del día buscando tabernas y hostales donde poder alojarme. Era complicado ya que al ser un pueblo grande habitaban muchas personas.

Lo que me sorprendió fue saber que el pueblo se dividía en dos zonas: la zona de los ricos y la de los pobres.

En la zona de los ricos se encontraba la nobleza, los buenos negocios y personas con dinero en general. La otra, en cambio, habitaban personas sin hogar y sin dinero o que tenían poco dinero y les daba para lo justo. Esto me lo contaron varios taberneros. Todos me decían lo mismo: "Ten cuidado con la zona norte. Es donde habitan los pobres o los que tienen poco dinero. Los mendigos son buenos robando y sobre todo los más peques".

Seguí caminado por las calles, cuando me di cuenta de que estaba anocheciendo. Tenía que encontrar un sitio para dormir cuanto antes. No quería volver a dormir en aquel establo abandonado de la noche anterior.

Mientras caminaba divisé una taberna que parecía un poco más alejada del resto.

Había luz y parecía estar en un buen estado, así que fui con paso seguro hacia allí. Estaba posicionado, probablemente, en el mejor lugar de todo el pueblo. Los árboles frondosos, bellas flores de todos los colores y enredaderas adornaban aquel precioso paisaje. Seguro que a Dakota le hubiera gustado.

Entre en la taberna decidido y, guau. Era maravilloso. Solo había dos chicas y el tabernero. Este último me miró.

-Hola caballero, bienvenido a la taberna de las Viejas Glorias, ¿en qué puedo ayudarlo? - me dijo con una sonrisa de lado. Su media melena rubia se deslizó ligeramente por su hombro.

- Eh... esto... – se me habían trabado las palabras. No me esperaba tal presentación. El tabernero me miró curioso.

- Eres nuevo por aquí, ¿cierto? - yo asentí y él sonrió amable. Apoyó las manos en la mesa – pues en ese

caso... será mejor que me presente. Me llamo Kai y soy el dueño de este establecimiento. ¿Tu cómo te llamas?

- Carlo.

- ¿Y de dónde vienes, Carlo? – preguntó, ahora con interés.

- Vengo de Asthort – se me hizo un nudo en la garganta.

- No tienes buena experiencia en ese pueblo, ¿cierto?

- No...

Kai se mordió la lengua y cerró los ojos. Parecía cansado.

- Supongo que quieres tomar algo, ¿qué deseas? – dijo incorporándose.

- Me gustaría saber si me puedo alojar aquí – era mi última esperanza. Si me decía que no, tendría que esperar lo peor.

- Por supuesto que sí -me dijo, ahora con un tono alegre. – voy a preparar la habitación ahora vuelvo.

Dejó caer un suspiro. Por fin había encontrado un lugar donde quedarme.

Al poco rato llegó Kai y me dijo que ya estaba todo listo. Mientras subía las escaleras, pude escuchar como las chicas se despedían de Kai.

Fui a mi habitación y me tumbé en la cama. Era super cómoda. Y la habitación era muy acogedora.

Acomodé todas mis cosas y me volví a tumbar en la cama. En ese momento alguien llamó a mi puerta. Era Kai.

- ¿Se puede? – pregunto.

- Sí.

-Vaya veo que te gusta la cama – soltó una risa.

- Está muy cómoda.

- Ya veo ya.

Me incorporé y me senté a los pies de la cama.

- ¿Qué querías?

- Quería pedirte un pequeño favor – dijo mientras se sentaba en la silla que había al lado del pequeño escritorio.

- Cuéntame.

- No voy a pedirte dinero a cambio de que te quedes.

Quiero que trabajes para mí. Verás, antes esto era de mis padres. Trabajábamos todos juntos. Pero un día... – se quedó un pequeño rato en silencio. Yo le escuchaba

atentamente. – ...un día todos aparecieron muertos. Mi madre, mi padre y mi hermana mayor. Todos... – se le veía en la cara que quería llorar.

Me levanté y le abracé. Él acepto el abrazo.

Le entendía perfectamente. A mí también me habían quitado a mi esposa.

Se secó las pocas lágrimas que lograron salir.

- Perdón. Hace mucho que me gustaría desahogarme con alguien.

- No te preocupes – le sonreí – y por supuesto que te ayudaré. Tú lo necesitas y yo también.

- Muchas gracias – se levantó – Descansa.

- Igualmente.

Me acosté y apagué el candelabro. Antes de dormirme pensé en lo que me había contado ese chico. Estaba tan jodido como yo.

Al final me acabe durmiendo.

.....

Pasaron los días. Kai y yo cada vez estábamos más unidos. Trabajábamos juntos y en equipo. Había días que no venía mucha gente, pero había otros que el local se llenaba. Pero entre los dos podíamos con todo.

Algunas noches tocaba el laúd para la gente que venía a tomar con sus amigos o familia, y eso hizo que se popularizara la taberna de las Viejas Glorias.

Las noches de luna llena, en cambio, iba a la parte trasera de la taberna, donde había un pequeño acantilado, donde se podía apreciar el cielo nocturno con mayor claridad. Era un momento entre yo, la luna y las estrellas.

Tocaba para mí y para mi pequeña Dakota. Siempre le gustó que le tocara.

- Otra, otra – dijo una Dakota contenta, agitando las manos.

- Vale – reí.

Toqué su canción favorita y juntos cantamos. Tiene una voz preciosa.

Cuando se acabó nos fundimos en un beso.

- Tocas muy bien cariño – me dijo en un susurro mientras ponía la cabeza contra mi pecho.

- *Y tú cantas muy bien amor – le dije mientras le daba pequeñas caricias en la cabeza.*
- *Te quiero.*
- *Yo también te quiero.*

En ese momento abrí los ojos. Estaba delante del acantilado sentado con mi laúd entre las manos. Lo dejé en el estuche, a mi lado. Estiré las piernas y me tumbé sobre la hierba.

Disfrutaba de esa soledad. La necesitaba.

Estaba tranquilamente acostado cuando de pronto escuché que unos arbustos se movían. Me incorporé hasta quedarme sentado. Miré hacia donde había escuchado los ruidos. Y de pronto una moneda salió del mismo sitio. La moneda rodó hasta mí y se paró con la parte de la cara hacia arriba.

Me pareció superextraño así que me levanté.

- ¿Quién anda ahí? – pregunté.

No hubo respuesta. Lo volví a intentar.

- Sé que hay alguien, así que por favor sal de donde estes– dije.

Los arbustos volvieron a moverse. Y salió una criatura que iba apoyando las manos y los pies, como si fuera un animalillo. No era para nada un animal. Era una persona, más concretamente una chica. Más concretamente la que me intentó robar la primera noche que estuve allí.

Ella me miraba, curiosa. Esta vez sí pude lograr a ver todos los detalles.

Tendría unos 18 años. Estaba sucia y parecía que llevaba tiempo sin comer, ya que las costillas se le notaban a través de la blanca piel. Lo más curioso de todo era que su pelo era blanco y parecía estar siempre flotando, como la espuma del mar. Sus ojos eran grises. También me di cuenta de que tenía cicatrices y marcas por lo que se le veía de piel.

Ella se acercaba lento. Se paró a unos metros de mí.

- L-lo siento. – dijo, agachando a su vez la cabeza a modo de disculpa.

- No pasa nada – le contesté.

Nos quedamos un rato en silencio, intentando saber que decir. Fue ella la que decidió romper el hielo.

- Tocas muy bien. ¿Cómo se llama ese instrumento?

- Laúd. Es un laúd.

- Suena bien...

- ¿Cómo te llamas? – me decidí a preguntar. Ella se quedó pensando un rato.

- No tengo nombre. La gente me llama bruja, ladrona, mendiga, bastarda... y cosas parecidas. - dijo apenada.

-Pues yo te pondré un nombre.

- ¿En serio?

- Sí. A ver, déjame que piense.

En lo que yo pensaba, se acercó y se sentó a mi lado. Parecía que le transmitía cierta confianza.

- Ya sé. Te llamare Auri.

- Auri... Me gusta - dijo sonriendo.

Sonreí.

- *Cariño... – dijo una Dakota recién levantada.*

- *Dime amor – le contesté, dejando la pluma en la mesa.*

- *¿Algún día seremos padres?*

Eso me impactó. No me esperaba la pregunta tan repentina.

- *Bueno Dakota... si tú quieres... no veo por qué no- le dije sonriendo.*

- *¡Vale! – dijo contenta – Si es niño lo voy a llamar Kai y si es niña Auri. ¿Qué te parece cariño?*

- *Auri y Kai... me gusta – dije dándole un beso en la frente.*

.....

Los días pasaron. Cada día estaba más cómodo con Kai. Nos lo contábamos todo. Él me contó todo su pasado y todo lo vivido. Yo decidí contarle lo de mi mujer. Fue muy duro decirlo, pero entre lágrimas y suspiros lo conseguí.

Era como un hijo para mí. Y yo era como un padre para él.

Nunca tuve la oportunidad de contarle de la existencia de Auri. Siempre iba algunas noches para darle algo de comida y tocar el laúd. Ella también se abrió a contarme su pasado.

Al parecer vive en la zona norte. Duerme en distintas ubicaciones, para que nadie pueda atraparla. Estuvo sometida a torturas por los alguaciles que le pillaron

robando, por eso los golpes y cicatrices. Me dio mucha pena.

Ese día estaba decidido a contárselo a Kai. Tenía que conseguir que Auri tuviera un hogar.

Así que entré en la taberna. Lo encontré limpiando botellas.

- Ah hola- dijo sonriendo. – Llegas tarde.

- Perdón.

- No pasa nada.

- Oye me gustaría decirte algo.

- Dime.

- A ver, hace varios días que conozco a una chica...

- ¿Te estás enamorando? – dijo con una sonrisa pícaro.

- No digas esas chorradas. Esa época ya se me paso.

- Lo que tú digas – dijo dando un suspiro - ¿Qué pasa con esa chica?

- Que pertenece a la zona norte. – fui directo al grano.

Kai me miro sorprendido.

- ¿Te hablas con los de la zona norte? No tengo nada en contra, pero... dicen que no son nada buenos.

- Ella es buena. Quiero ayudarla. Está muy mal y no quiero verla así. Ni siquiera tenía nombre y de verdad que está muy mal.

- Y ¿en qué piensas?

-Si se puede quedar con nosotros.

- Mmm... a ver... sitio hay así que no creo que haya problema.

- Gracias.

Al día siguiente era luna llena, por lo que fuimos a la parte de atrás y empecé a tocar.

Auri llegó algo apurada y con miedo.

- Carlo... – dijo con temblor en la voz.

En ese momento todo se oscureció. La bala retumbó por todos los sitios.

Me habían dado caza, por haber desaparecido así por así.

Me enterraron al lado de un gran árbol. Auri y Kai lloraron mucho durante el entierro. Me dolía verlos así y no poder hacer nada.

De pronto sentí que alguien me abrazaba.

- Ya estás conmigo Carlo...

Le devolví el abrazo

- Cariño... perdóname.
- Ya estás perdonado, amor.

.....

Los días pasaron. Auri ya estaba mejor y trabajaba con Kai. Venían los dos a visitarme todos los días.

En las noches de luna llena Auri tocaba mi laúd y Kai cantaba.